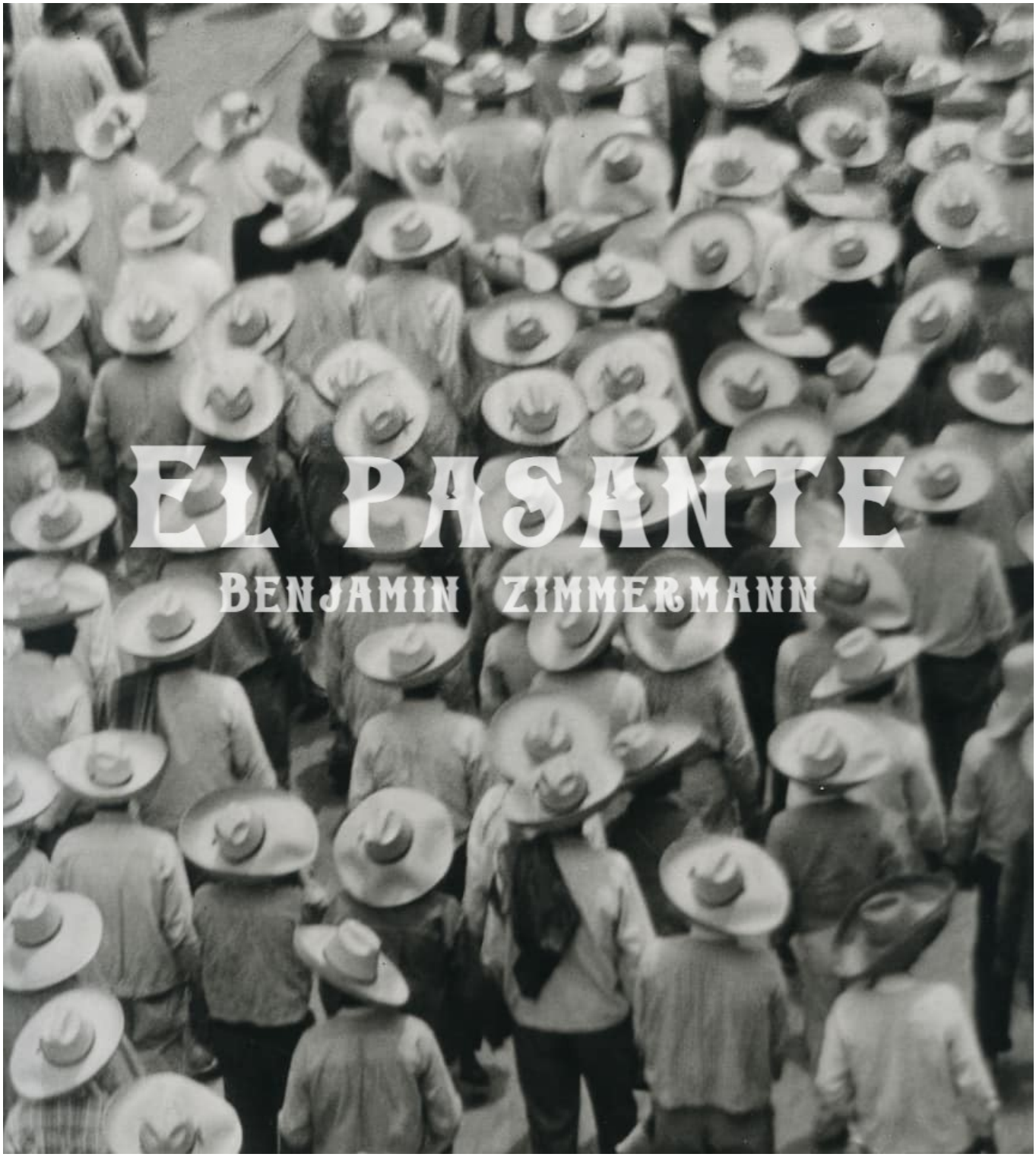
El Pasante

JESUS GODOY GARCIA



Capítulo 1

Capitulo 1. La última estación

El tren siguió andando.

Me asomé por la ventana y brillaba el sol. Un denso lago estaba repleto de reflejos, colinas verdes y escarpados acantilados de piedra se dibujaban en las cristalinas aguas.

Experimenté la extraña sensación de que todo aquello estaba dentro de mi cabeza, irreal o demasiado real. Sobrecogido por esa sensación, persistí tumbado en mi asiento en esa sensación de irrealidad. Como si mi conciencia hubiese devorado el entorno, seguí sumergido en aquella fantasía, como encontrándome con otro mundo.

El tren se adentró aún más en la serpenteante cartografía de la sierra tarahumara a lo largo de barrancos y cañones de gran altura. El vasto horizonte de varios kilómetros a la redonda hacía suponer que no había nada más allá de la agreste geografía enmarcada por precipitosos peñascos poblados de vegetación verde. Pero en medio de las profundidades de Chihuahua, había una villa rural fundada hacia penas unos años, en lo que había sido una población rarámuri llamada Nariachi.

El tren llegaba hasta Estación Creel, la que era su última parada de la línea férrea del Ferrocarril Kansas City de México y Oriente.

Creel, que aún no figuraba en los mapas, era un lugar en medio de la barranca del cobre, rodeado de paisajes de montañas y cañadas, lagos y cascadas, que le daban un aire surrealista a la escasa población que se había asentado unos años atrás.

No imaginaba como este desconocido lugar, escapaba de todo registro en la cartografía de los mapas. El paisaje de ensoñación se asemejaba a un lugar en el que no había estado nunca antes. Los pinos que pisaban las crestas divididas por ríos y cascadas de gran tamaño, los venados en su región salvaje surcando los llanos o las aves volando a través de los peñascos y riscos, transmitían una especie de espiritualidad, plenitud y esplendidez. Desde lo alto del pueblo enclavado se apreciaba mejor su majestuosa naturaleza, el marco de un cosmos pleno de esencia y aventura, asombro y fascinación por igual.

No podía creer que de todos los lugares a los que podía haber asistido, me hubiese tocado precisamente ese. Después de un intenso recorrido estaba convencido que no había lugar en el mundo en el que prefiriera estar que

no fuera ese.

Mas sin embargo no comprendía la razón de estar ahí, como si mi viaje fuera la aventura de un turista esperando una experiencia inolvidable. Pronto me di cuenta que había algo o alguien que me había elegido para ir precisamente allí, en ese lugar y en ese tiempo, habia una razón, pero cuando la supe, ya era precisamente tarde para dar vuelta atrás.

Había escuchado rumores de calamidades.

Nadie sabía exactamente lo que estaba pasando, solo presentían que una rara enfermedad asolaba poblaciones enteras particularmente del norte del país, junto a la frontera; más nadie sabía con exactitud que pasaba. En parte por el hecho de que todas las noticias en los diarios se concentraban en la revolución, de la que se decía que muy pronto llegaría a su fin.

Cuando llegué a la oficina de correos temprano por la mañana, me di cuenta de lo que se trataba. Entré al pequeño cuartel que servía como bodega de mercancías y un tipo alto me recibió en su oficina, misma que estaba en un cubículo que servía de recibidor con una malla de acero detrás, el hombre, estaba esperando hablar conmigo.

- ¿Cómo ha pasado la noche? - me preguntó al tiempo que me ofrecía asiento.

-Es el mejor lugar en el que he estado- le respondí con lisonja.

-Y bien ¿sabe por qué esta aquí? - me preguntó de nuevo, sin necesidad de que entrara en más detalles.

-No- le respondí, aunque sabía que estaba cumpliendo un servicio social, una garantía para poderme titular como profesional médico.

-Pues bien, yo se lo diré- me respondió, dejando unos papeles en la mesa e intrigadamente me miro con un semblate serio, más serio que hacía unos instantes cuando me hablaba.

-Ha habido entre varios integrantes de la comunidad una rara especie de gripe, que no se combate con los remedios habituales- me dijo sin más.

-Hemos solicitado refuerzos de médicos y enfermeras, pero supongo que están más ocupados atendiendo revolucionarios heridos- me dijo con un aire pensativo, reflexionando cada palabra que salía de su boca.

-He de suponer que lo han enviado a usted, no por su capacidad y experiencia, sino porque nadie más ha querido venir- afirmó, por el tono

de su voz no sabía si aquello se trataba de una pregunta.

-Me pregunté cuando lo vi, quién podría ser tan perverso como para mandar a un niño a estos lugares- en su voz, había un tono de saña y coraje, pero sabía que no era yo la causa.

-Esta es una situación más delicada de la que parece- volvió a explicarme, había vuelto la mirada a un rincón de cuarto, ya no me veía y lo sentía filosofar sobre cuestiones que me eran ajenas.

-Deseo de todo corazón que podamos sobrellevar esto juntos- me afirmó.

-Hare todo lo que este a mi alcance para que así sea-. Le respondí y me despedí de él.

Sali de la oficina de correos, misma que estaba a un lado de un pequeño cuartel. En ese momento no sabía quién había sido aquella extraña persona que me había recibido con tan negativo pronóstico, a lo que días después respondió mi duda. No se trataba si no del alcalde Victoriano, la persona más importante dentro de los habitantes del pueblo.

Al salir de aquella reunión, fui hasta el Hogar, una pequeña habitación que me servia como lugar de descanzo. Entré y cerré la puerta que crujía por la madera apolillada. Indeciso mire alrededor. A través de las ventanas rotas que dejaban asomar la luz del día, haciendo rayas luminosas en el tembloroso polvo. En el suelo dibujaba huellas por la suciedad encostrada. Palomas muertas, ya descompuestas y plumas por toda la habitación. En una mesa había pan duro como piedra, una navaja de afeitar y una veladora. Con el dedo dibuje garabatos en la superficie.

Dejé escapar un suspiro prolongado -me llevará mucho tiempo limpiar este sitio- me dije en voz alta.

Mientras limpiaba ese pequeño espacio, que sería mi residencia en los meses posteriores y me serviría como lugar de descanso, pensaba en todas las cosas que me esperaban en los días posteriores a mi llegada, mientras meditaba las palabras que el alcalde me había dicho y todas aquellas situaciones que me eran desconocidas. Tal vez Victoriano no confiaba en mí y en mi capacidad para resolver problemas, es cierto que no contaba con la experiencia necesaria, pero en lugar de indisposición hacia mí, notaba en él una especie de compasión lastimera. Como si en mi destino hubiese sido un error haber pisado ese lugar.

Capítulo 2

Capitulo 2. La puerta trasera.

No fue sino hasta la mañana siguiente que lo vi por mi cuenta. Cuando acudí al hospital a primera hora de la mañana, en lo que sería el correr de mi primer día como pasante.

Todo transcurría normal, al interior de un amplio salón con diversas camas. Una clínica improvisada en lo que había sido el antiguo edificio penitenciario, con celdas como cuartos hospitalarios y cortinas en lugar de rejas. Si bien no contaba con los grandes aparatos de los recintos habituales, ni las camillas equipadas de los hospitales, tenía lo indispensable para poder atender a los escasos pacientes que se presentaban a lo largo de una jornada laboral cualquiera.

Había algo que llamó inmediatamente mi atención. Al final del corredor, se encontraba una habitación repleta de pacientes, algunos en el suelo, en la entrada de una puerta que decía “no pasar”. Me acerqué a la puerta y pude ver a través de una ventanilla de cristal enmarcada a la puerta. Creo que no cabía otro paciente más allí dentro.

-No puede pasar sin el equipo- me dijo amablemente una de las enfermeras, algo que yo sabía de antemano. Entrar sin el mínimo cuidado significaba correr el riesgo y no quería ser parte de uno de los enfermos que abarrotaban las únicas camillas que quedaban sin usar.

-Hemos pedido refuerzos, más medicamentos, equipo y sobre todo personal, pero no ha habido respuesta- me comentó ella.

-Doctor Eustaquio- dijo sorprendida la mujer al tiempo que un hombre de unos cincuenta años, enfundado en un traje blanco que cubría todas sus extremidades; las manos con guantes de tela igualmente blancos y en la

cara una máscara improvisada hecha con vendas.

-No debería pasearse por aquí sin las medidas necesarias- me dijo al tiempo que me cogía del brazo con un violento apretón.

-No querrá ser uno más en nuestra estadística de fallecidos- me espetó, al tiempo que me guiaba a una pequeña bodega que servía como estantería de medicamentos y material de curación.

-Allí hay un traje, guantes y vendas, solo cuenta con un equipo, así que al llegar a su casa tendrá que lavarlo y usarlo al día siguiente- me respondió.

-Póngaselo- me advirtió, con una voz que reprochaba autoridad.

-Ahora mismo- me objetó al tiempo que cerraba la puerta de la minuciosa sala.

Cuando terminé de vestirme de la misma manera que el doctor Eustaquio, él ya me esperaba a la puerta de la habitación de enfermos graves, entramos y pude ver mejor. Las camas estaban dispersadas en un desbarajuste alrededor de la pequeña habitación. Lo primero que noté es que no tenía ventilación y que aquello podría representar un caldo de cultivo para el virus que causaba la enfermedad.

Me horroricé al ver la cara de algunos de ellos, la piel de color purpura, como si tuvieran días de haber fallecido. La mayoría de ellos dormían, pero en el único hombre que estaba despierto, noté sus pupilas dilatadas, sobresaliendo de su huesudo rostro, los labios secos y ennegrecidos, enraizados a la boca abierta, buscando aliento a base de una respiración superficial y rápida.

-Comienza como una pequeña fiebre que va en aumento, hasta el agotamiento físico que les impide moverse. Los traen aquí a cómo pueden, cuando la enfermedad ya ha avanzado y poco se puede hacer para salvarlo. No hay mucho que añadir salvo que los pulmones dejan de funcionar luego de unas horas y el paciente termina de fallecer- me relató el doctor.

- ¿A dónde los llevan? - le interrumpí, tragando saliva después de escuchar todo aquello.

-Todas las tardes se toman los signos vitales, el que responde a ellos marca más de 140 pulsaciones por minuto y el que no, es llevado por esa puerta a la carreta- me dice señalando una pequeña puerta de metal con la mano.

-La carreta lleva el cuerpo a un lugar a las afueras, una fosa en donde son depositados los cuerpos- me explica sin más.

No tiene sentido, me dije. Ni la falta de higiene o los últimos cuidados paliativos del paciente podían salvarlos, por que rara vez los pacientes podían salir de allí con vida. Una vez que entraban esperaban salir, pero por la puerta trasera, donde una carreta los llevaba a su último destino.

A las cinco de la tarde terminaba mi jornada, después de pasar diez horas inmerso en las labores diarias. El personal médico cada vez era más escaso debido a la demanda que iba en aumento.

El doctor del hospital era el único médico que se encontraba en las instalaciones de Santa Faustina, el nombre coloquial con el que se llamaba a la anterior penitenciaria, ahora usada como clínica. Aparte de él, había cinco enfermeras que se encargaban de sobrellevar las labores de su oficio, así como todo lo referente a la administración del lugar.

Había preguntado si acaso enviarían otro médico residente, pero me dijeron que eso era imposible dadas las circunstancias de la revolución mexicana, el gobierno no consideraba urgente atender la situación que se presentaba.

Cuando volví de nuevo a mi habitación noté distante el paisaje del ayer. Me sobrevino una extraña inquietud mezclada con las ganas de poder ayudar y no saber cómo.

Vi como las profundas sombras se enraizaban en la habitación, penetrando en la oscuridad conforme llegaba la noche. El recinto iluminado tan solo por una pequeña lámpara de petróleo, yacía en una mesa de madera apolillada. Deseaba tener a alguien con quien hablar, olvidar por un instante las inclemencias del día, distraerme de mi labor, aunque fuese momentáneamente. A pesar de la soledad no sentía miedo, sino una especia de tristeza que no había sentido nunca antes. Tan solo pensaba en las palabras del médico Eustaquio -pronto vendrá tu compañero de oficio- lo cual me tranquilizaba un poco, pero también versaban las palabras posteriores a esa afirmación - aunque el gobierno no lo considere urgente- aseveró.

Me acosté en la cama después de cenar un plato de lentejas frías, no me costó mucho tiempo encontrar cobijo, el cansancio y las penas del día me inducían a ello.

Capítulo 3

Capitulo 3. Campanas a las seis.

Todas las mañanas el campanario de la iglesia sonaba antes de dar comienzo a la misa del día, con el rayar del alba, el repiqueo de las campanas anunciaba la llegada del nuevo dia, despertando a los trabajadores. Me despertaba aquel sonido, pues había pegado la cama a la ventana y por la noche corría las cortinas para dejar entrar el aire. Me levantaba, me cambiaba y desayunaba lo poco que había conseguido el día anterior. Intentaba llegar con el estómago lleno al sanatorio para ahorrarme mi porción de comida y que le sirviera de alimento a alguien más.

Después de acabar de comer, tenía minutos para terminar de leer un libro, intentar escribir en un diario o salir a caminar.

A las siete de la mañana partía rumbo a Santa Faustina bajando la escalinata empedrada que daba a la plazuela principal.

Al terminar la misa sonaban las campanas de nuevo, pero no sabía la razón. Un día, mientras realizaba mi habitual recorrido, me encontré de frente a una mujer que subía la escalinata empedrada, traía un rebozo en su cabeza y con una de sus manos lo sostenía a la altura del cuello, evitando dejar al descubierto sus cabellos.

Justa, como me dijo que se llamaba, me aclaró que las campanas sonaban al finalizar la ceremonia, por cada fallecido que se llevaban del Santa Faustina el día anterior.

-Por cada alma que se lleva la carreta es una campanada y así hasta clamar por todos- me dijo. ¿No suponía acaso, siendo católica devota, que el alma de una persona se separa del cuerpo cuando este fallece? De no ser así, habría dicho cuerpo en lugar de almas, pero algo de razón tenía ella. Mi percepción por el sonido de las campanas cambió, como si fuesen agitadas por los fantasmas del pueblo, ahuyentando la tempestad, alejando nuestros temores. Así fue como las campanas se volvieron en oscuros rumores, un toque de terror que despertaba emociones trágicas.

Después de unas semanas de laborar en Santa Faustina, yo ya sabía muchas cosas que solo la practica me podía dar. Suministrar medicamentos, realizar curaciones, llevar los cuidados paliativos y de sanación de todos los internos. Servir de apoyo de algún modo y aligerar las cargas de las enfermeras que realizaban todas las actividades del lugar. Había días que la curación se volvía ardua y tomaba mucho tiempo

resolver las dificultades.

Yo no entendía como a diario se metían más y más personas a la cámara que resguardaba a las victimas graves de aquella gripe desconocida, pero por cada día que pasaba, miraba nuevos rostros y a pesar de aquello, siempre había lugar para alguien más. No suponía acaso que milagrosamente durante la noche, varios de los pacientes saldrían caminando después de aliviarse, tampoco era cierto que muchos murieran, pues las campanas de la iglesia apenas y sonaban un par de veces después de la misa.

Yo no sabía que una de las enfermeras, pasaba todos los días a las cinco con un estetoscopio en mano, mismo que iba recargando en el pecho de cada uno de los pacientes. Si el corazón de un paciente dejaba de latir, se ponía una cinta blanca atada al dedo gordo de su pie. Posteriormente a las seis, dos hombres que me eran desconocidos, con la ayuda de alguna enfermera, llevaban cada uno de los cuerpos marcados con la cinta blanca, a la puerta trasera, cargándolo a cómo podían, lo subían a la carreta y así lo hacían con todos los cuerpos de los fallecidos. Cierto era que, junto a varios de los fallecidos, había pacientes que aun respiraban. La catatonia era uno de los síntomas raros que presentaban algunos de los enfermos, pero incluso el corazón de estos latía; y las enfermeras pasaban por alto ese detalle, con tal de que hubiese camas disponibles.

No me di cuenta hasta que quedé a cargo del hospital. Eustaquio se había ausentado e iría a la capital con la finalidad de solicitar personal auxiliar, ahora que el gobierno autorizaba disposiciones sanitarias, buscaría la forma de conseguir ayuda. Yo me encargaría del papel a cargo en el hospital. Pasaba las 24 horas allí dentro, mismo lugar donde dormía y me enteraba de todo lo que ocurría.

Un día, antes de las cinco, hora en que se realizaba la revisión de cuerpos, entre sin que nadie me viera a la cámara, con el estetoscopio de Eustaquio fui contando las pulsaciones de los corazones de todos los inquilinos. Sonaban con fuerza, con la misma furia que la enfermedad combatía sus cuerpos. Conté tan solo tres cuerpos, pero al terminar la jornada habían sacado seis. Esta actividad la realice durante tres días seguidos y de la misma manera que el primer día, fueron saliendo más cuerpos de los que había contado como finados.

Eso solo se debía a la falta de ética profesional y me cuestioné si Eustaquio estaba enterado de todo aquello.

Con el hospital a cargo mandé a organizar la cámara, como nosotros la llamábamos. La nombraron así, en parte a que, como una cámara de gas, debíamos protegernos de pies a cabeza, poniendo énfasis en la boca y la nariz para no ser tocado por el aire que allí emanaba. Propuse poner las camas, camillas y colchones en línea recta, de tal forma que hubiera un

pequeño espacio como pasillo entre una hilera y otra. Nos dimos cuenta que luego de realizar aquella labor, había espacio para más camas, así que mandé exportar de las otras habitaciones, las camas disponibles, mismas que estaban inutilizadas por si se ofrecía alguna emergencia.

-son ordenes de Eustaquio- les respondí a las enfermeras cuando me ayudaban a reorganizar todo aquello. Las notaba inconformes, no estaban dispuestas a mover un dedo fuera de sus actividades cotidianas.

Mandé organizar el estante con medicamentos de la sala, la pequeña vitrina que servía de farmacia y echar todas las cortinas para ventilar las instalaciones.

Cuando Eustaquio volvió al cabo de unos días, el lugar se sentía diferente. Mas limpio, más espacioso, más organizado y había diez camas extra en la cámara de enfermos graves.

-No ha habido respuesta- me dijo Eustaquio desanimado, sin siquiera pedirme cuentas de lo que había hecho. El corazón se me encogió de repente, un sentimiento entre la tristeza y la impotencia.

-El gobierno considera que las disposiciones sanitarias están rebasadas y no me han autorizado más- continúo diciéndome.

-En algunos lugares la situación se ha agravado y no dudo que aquí también pase lo mismo- me decía, notaba en su rostro una emancipación del cansancio, donde se enmarcaban las ojeras que sobresalían en sus ojos.

-Si esto sigue así, en pocas semanas seremos rebasados- finalizó.

Le expliqué lo que había descubierto, le dije que las enfermeras habían estado sacando cuerpos que aún permanecían vivos, que no era posible que continuaran haciendo eso. Su respuesta me sorprendió aún más.

- ¿Y que esperas que hagamos? - me cuestionó.

-No hay espacio, no hay camas, no hay recursos y no hay personal- me reprendió, como si estuviese enojado por haber hecho todo aquello.

-Hay muchas cosas que aún pueden hacerse- le dije yo modestamente.

-Te puedo ayudar a sobrellevar tus actividades- le propuse.

-Tranquilo- me respondió, se acostó en el sillón de la sala y se apretujo en él, inmóvil por el cansancio.

Aquella tarde regresé al hogar, como le llamaba a la pequeña residencia donde me alojaba. Después de pasar varios días en el hospital San Faustina, tenía muchas ideas en mente; ayudar a aligerar la carga, salvar a todas las personas posibles, creí convincente hacer algo inmediatamente.